

双
媛



EL AMOR ES UN ARMA



LA

EMPERATRIZ

POETA

S H E N T A O

Shen Tao

La
emperatriz
poeta

Traducido del inglés por Patricia Henríquez Espejo

FAERIS

Título original: *The Poet Empress*

Primera edición: abril de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

THE POET EMPRESS, © 2026 by Storygoose LLC
© de la traducción: Patricia Henríquez Espejo, 2026
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid



ISBN: 979-13-88108-02-0
Depósito legal: M. 2.534-2026
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



*Para mi familia, la que tengo cerca
y la que está lejos.*

NOTA SOBRE EL CONTENIDO

Gracias por leer *La emperatriz poeta*, ya que se trata de una historia que llevo en el corazón. Por favor, ten en cuenta que en la novela aparecen representaciones de violencia física y sexual, como el abuso físico y sexual de menores y la tortura, además de un notable consumo de alcohol y violencia infligida por una pareja sentimental. Los lectores sensibles a estas cuestiones deben proceder con cautela a su lectura.

FRUTA DE LA NADA

«La Casa Azalea, donde las espinas profundo se clavan;
un hermano traiciona a otro, la sangre no importa nada».

—Literomante desconocido, dinastía Azalea, año 607

Mi hermana Larkspur fue la quinta infante a la que enterramos. Era un amanecer frío y brumoso cuando Ma y yo subimos por la colina que salía de nuestra aldea para acudir a los Ancestros. Tan solo llevábamos algo de incienso y un ataúd de bambú lo bastante pequeño como para que pudiera cargarlo debajo de un brazo.

La quinta vez había sido la más fácil. La niña era diminuta cuando nos dejó, con solo tres días de vida. El día anterior, cuando Ma había estado llorando, después de que el pecho minúsculo de Larkspur hubiera parado de subir y bajar, sospeché que no estaba apenada por la muerte de su hija, sino por todos esos cuencos de arroz que había consumido de más durante el embarazo, un alimento que ahora parecía haberse desperdiciado. Ba no derramó ni una lágrima. Pero creo que lo habría hecho si Larkspur hubiera sido un niño.

Mi hermano Bao seguía siendo lo bastante pequeño como para creer que las niñas fallecidas se convertían en gatitos en su próxima vida. A Bao le gustaban los gatitos, por lo que tampoco lloró.

Así que resultó que, de todos nosotros, yo fui la que más lloró a Larkspur. No tanto como las otras veces, pero sí que dejé

salir las lágrimas cuando depositamos el ataúd sobre un lecho de amapolas en la cima de la colina. Mientras me agachaba junto a la caja sobre la tierra húmeda, recordé que en mi cabeza ya le había puesto un apodo. La pequeña Lark. Recordé que nos había imaginado persiguiéndonos la una a la otra por los arrozales secos, que había imaginado su risa entusiasmada al mostrarle los mejores rincones para atrapar bagres. Recordé que me había imaginado a mí misma trenzándole el cabello, como hacían las hermanas mayores, mientras nos reíamos y chismorreábamos sobre los chicos de la aldea.

Después de eso, encendimos el incienso y deposité un beso sobre el ataúd frío. Les pedí a los Ancestros que se llevaran a Larkspur a un lugar en el que nunca pasara hambre.

A un lugar distinto o a otra época.

Les pedí a los Ancestros que dejaran que renaciera en una época anterior. Tal vez cuando la dinastía Azalea no estaba en decadencia y el trono no lo ocupaba un emperador moribundo. Les pedí que fuera una época en la que quienes nos gobernaban seguían siendo buenos y en la que los niños recién nacidos no morían a causa de una hambruna de la que nadie conocía la causa.

A un tiempo anterior o tal vez a un tiempo posterior. Cuando la dinastía, el emperador, los tronos y la hambruna pasaran a ser un recuerdo lejano. Quería que Larkspur renaciera entonces, en una época en la que todos los niños pudieran aprender a leer, incluso los más pobres, incluso las niñas.

La tierra no tardó mucho en acogerla en su seno.

Ma y yo contemplamos en silencio cómo los zarcillos de las enredaderas salían de la tierra y envolvían el ataúd. Unas florecillas blancas brotaron en el bambú y, desde el dosel de los árboles sobre nosotras, cantó un ruiseñor. Quizás el país se hubiera olvidado de la gente como nosotros, pero los Ancestros seguían recordándonos.



En Año Nuevo no tuvimos carne sobre la mesa. Solo medio cuenco adicional de gachas de arroz para cada uno (un cuenco entero de más para Bao, ya que estaba en edad de crecimiento) y tantos brotes de bambú en conserva y rábanos picantes como quisiéramos. Bao y yo recibimos dos ciruelas pasas cada uno de parte de Ba, que las había intercambiado por algunos huevos con uno de nuestros vecinos, el tío Gray.

—Llévame a la ciudad —me pidió Bao después de almorzar, tironeándome de la falda mientras lavaba los platos—. ¡Quiero una bendición! ¡Por favor, quiero una!

Esbocé una sonrisa mientras le revolví el pelo. Solo tenía siete años y yo dieciséis, y la diferencia de edad significaba que era casi como una segunda madre para él.

—Es un viaje muy largo, pequeño Bao. Si te apetece, podemos jugar juntos en casa.

Estaba demasiado hambrienta como para querer caminar hasta Guishan. La energía que hacía falta para recorrer ese medio día de trayecto podía invertirla en conseguir más comida, recolectando hojas de diente de león o atrapando ranas en los arrozales, o en descansar. Pero ese no era el único motivo de que me negara. La razón más relevante era que no quería que Bao acabara con el corazón roto.

En teoría, el día de Año Nuevo, los delegados de palacio acudían a nuestras ciudades y compartían su magia con el pueblo. Un proverbio o dos que ayudaran a que los campos crecieran exuberantes y fértiles, que protegieran nuestras cabañas de los mosquitos o que sanaran a un niño que padeciera la fiebre gris. Se rumoreaba que un príncipe de la Casa Azalea había provocado con un poema la crecida de un lago en una ciudad azotada por la sequía, y que otro, con una balada, había abierto un camino en el valle desde Duerlong hasta el embarcadero Cloud.

Al menos, eso era lo que contaban las historias. Había estado yendo a Guishan cada Año Nuevo desde que tenía la edad de Bao y no los había visto presentarse allí ni una sola vez. Tal vez en otro

lugar, en otra época, las casas imperiales habían ofrecido sus bendiciones, pero yo ya había perdido la esperanza de que nos las fueran a ofrecer a nosotros.

Sin embargo, Bao no se rendía. Se agarró a mi costado y me miró con esos grandes ojos marrones de una forma que sabía que me ablandaría. Así que solté un suspiro, lo besé en la frente y le dije:

—De acuerdo, Bao-Bao. Pero no podrás separarte de mi lado.

Entonces, fui a pedirle permiso a Ma, que estaba sentada en una esterilla de bambú en el suelo mientras le zurcía los pantalones a Ba. Sin mirarme siquiera, me dijo:

—Ponte una camisa limpia, Wei. Y recuerda andar como una chica de ciudad, tal y como hemos practicado.

No pasé por alto la indirecta en su voz. Era el sueño de toda madre en una aldea que su hija se casara con un chico de ciudad.



Para cuando sentimos a través de nuestras suelas desgastadas que el sendero de tierra se transformaba en uno pavimentado que llevaba a Guishan, ya nos dolían las rodillas. Sin embargo, en cuanto cruzamos las puertas, me vi invadida por la emoción de la ciudad y no tardé en olvidarme del hambre y el dolor.

A pesar de que hacía mucho que las sombras se habían alargado, allí había bastante más ajeteo que en Lu'an. Unos festivos faroles rojos resplandecían desde los aleros inclinados de cada tejado. En cada rincón de la calle, los vendedores ambulantes ofrecían empanadillas, mantou frito y juguetes de madera que emitían sonidos. A medida que nos adentrábamos en la plaza de la ciudad, nos íbamos dando cuenta de que estaba tan abarrotada de gente que casi no nos podíamos mover.

Por todas partes olía a petardos.

—«Calles teñidas de pólvora y rojo —canturreaba Bao alegremente—, ¡una joven se desposará pronto!».

Mientras nos abríamos paso entre la multitud, con mi hermano agarrándome de la mano, intenté caminar como me había enseñado Ma, resuelta y coqueta. Me esforcé por sonreír con dulzura. Quizás fuera Ma quien había soñado con ello primero, pero era un sueño que había acabado inculcándome a mí.

Si me casaba con un chico de ciudad, tal vez él tuviese dinero. Y si tenía dinero, entonces Bao y yo no tendríamos que volver a sentir el dolor sordo del hambre en la barriga. Y tal vez Ma no pasara tanto tiempo enferma y Ba no cojeara tan dolorido al cargar con fanegas de arroz sobre la espalda. Quizás a un chico de ciudad hasta le sobrara dinero para que Bao pudiera acudir a la escuela. Si mi hermano pudiese estudiar, aprendería a leer, y si aprendía a leer, podría ser lo que quisiera.

Un ministro, un comerciante, un literomante.

De repente fui consciente de que Bao ya no me agarraba de la mano. Dejándome llevar por el pánico, registré la plaza atestada. Me alivió encontrarlo cerca de un puesto que vendía bayas de espino glaseadas sobre un palo.

Cuando lo agarré del brazo de nuevo, vi que tenía los ojos abiertos de par en par a causa del anhelo. Pero era un chico listo. Sabía que no teníamos dinero, así que ni siquiera me lo pidió.

—¿Quieres una ciruela pasa? —le pregunté en un tono de voz bajo y reservado mientras lo alejaba de aquel puesto.

Bao abrió todavía más los ojos.

—¿Aún te quedan?

Le dediqué mi mejor sonrisa cómplice y me saqué uno de los frutos secos del bolsillo. Había guardado mis dos ciruelas pasas para Bao, ya que sabía lo mucho que le gustaban las cosas dulces.

Mi hermano profirió un grito de emoción y la aceptó. En cuanto la mordió, el sonido de un gong se extendió por toda la plaza.

Todo el mundo se quedó muy quieto.

Los comerciantes pararon de pregonar sus mercancías, los clientes dejaron de regatear y los transeúntes cesaron sus conversa-

ciones. Otro toque del gong asustó a una bandada de gorriones que salieron volando hacia el cielo.

Y, entonces, se escuchó la voz de un heraldo:

—¡El príncipe Guan Isan! ¡Dador de la primavera, supervisor de las festividades y tercer hijo de la Casa Azalea!

Bao casi dejó caer al suelo su ciruela pasa debido a la sorpresa. A mí me latía el corazón desbocado. ¿El príncipe Isan?

Parecía un sueño, algo que solo pasaba mucho tiempo atrás y en un lugar muy lejano. Ya era bastante inesperado que alguien de nuestra casa imperial acudiera a ofrecer las bendiciones de Año Nuevo. Pero, además, no se trataba de un delegado cualquiera.

Era uno de los hijos portadores del sello del emperador.

La expresión de asombro que exhibía Bao en el rostro era idéntica a si acabara de encontrar pruebas de que la magia era real y de que todas las promesas eran ciertas. Yo misma estaba tan conmovida que ni siquiera me detuve a cuestionar por qué un príncipe no había enviado a un sirviente en su lugar, sino que había acudido a Guishan en persona.

La multitud abrió camino para que pasase el desfile y yo retrocedí torpemente con los demás. Bao comenzó a trepar por mi espalda para tener mejores vistas y lo ayudé a colocarse sobre mis hombros. Yo misma casi no veía nada a causa de toda la gente que tenía delante, que se empujaban unos a otros para poder ver mejor.

Cuando el desfile quedó a la vista, no cupo duda de quiénes eran. Todos vestían de un rojo llamativo, uno tan intenso que casi resplandecía contra el tono de piel moreno de los plebeyos y el gris de la ciudad.

No solo destacaban por el color que lucían, sino por la vida que traían consigo. En lugar de joyas, estaban cubiertos de unas enredaderas verdes que brotaban y que les trepaban por el cuerpo; unos lirios se desplegaban por su cabello y, en las mangas, unas magnolias florecían a lo largo de las espadas que portaban a la espalda.

Sentí la mano de Bao tirándome del pelo.

—Mira, hermana. —Dejó de chupar su ciruela pasa para susurrar—: Ahí. Es él, ¿no?

Detrás del gong apareció un carruaje tirado por caballos, flanqueado por ocho hombres a cada lado. Estaba hecho de caoba y cubierto de glicinas y zarzas primaverales. El carruaje se detuvo en mitad de la plaza. Tras una reverencia, un sirviente, alargó un brazo y apartó la cortina para dejar salir al príncipe Isan, a lo que siguió un silencio reverencial.

No sabía qué era lo que había esperado. En las historias, los hijos de la Casa Azalea eran bellos y valerosos, respetuosos y generosos. Y, aunque me había preguntado de dónde habrían salido esas historias y a quién beneficiaba que se relataran de ese modo, me las sabía de memoria. Si creía lo que se contaba, habría esperado que el príncipe Isan fuera hermoso.

Si no me creía las historias, tal vez habría esperado que fuese poco agraciado. Se suponía que la casa imperial tenía el deber de proteger a su pueblo de las hambrunas. Debía asegurarse de que los bebés no nacían más pequeños de lo normal y desnutridos, lo que llevaba a no tardar en enterrarlos. Las personas con un corazón tan podrido, como los hijos de la Casa Azalea, debían tener un aspecto horroroso.

Pero ahora que lo veía, que de verdad lo contemplaba en persona, mi atención no estaba puesta en juzgar su aspecto. Estaba demasiado ocupada contemplando el sello de su Casa, que resplandecía sobre su mejilla izquierda. Era lo único en lo que podía fijarme y, sin duda, lo mismo le ocurría al resto de la gente.

El anillo exterior del sello era circular y contaba con el patrón floral de la Casa Azalea. En el interior había un único carácter inscrito. Pese a no saber leer, como todos los demás en Tensha, conocía los sellos de los hijos imperiales.

—果/Guo —le susurraba un hombre que se encontraba a mi lado a su mujer, y un murmullo similar se extendió por entre la multitud—. La palabra que usan los Ancestros para referirse a la fruta.

Como en señal de confirmación, Isan levantó una mano.

La tierra respondió de inmediato. Las grietas en los adoquines bajo nuestros pies gimieron y se ensancharon todavía más mientras los arbustos y las enredaderas comenzaron a surgir del terreno pisoteado y polvoriento. De la tierra salieron setos, morenas y uvas jugosas en vides. Unas robustas ramas con peras aparecieron bajo los aleros de una tienda cercana. En menos de un suspiro, unos melocotoneros emergieron desde las alcantarillas, cargados de flores y fruta.

Bao soltó un grito, maravillado, y luego se bajó de mis hombros para correr hacia un pequeño espino blanco. A nuestro alrededor, todo el mundo se apresuraba a coger fruta.

Tomé un melocotón. Al hincarle el diente, me pareció que era lo más dulce que había probado en mi vida. Entró en mi estómago vacío como si encendiera un fuego en una chimenea helada.

Y comencé a llorar desconsoladamente.

Quería seguir detestando a Isan. Quería seguir odiando a la Casa Azalea por todos los años que no se había dignado a presentarse para entregar sus bendiciones, por no detener la hambruna que había matado a Larkspur, a cuatro de mis otros hermanos y que tal vez acabara con Bao. Sin embargo, no fui capaz de hacerlo. Me esforcé mucho para reunir el odio que tenía dentro, pero no pude sentir nada más que el sabor del jugo del melocotón en la boca.

—He acudido a Guishan a celebrar el año del dragón. —La vibrante voz de Isan reverberó por toda la plaza, recuperando la atención de la multitud hacia su persona—. He venido a ofrecer bendiciones a mi pueblo y a hacer una petición. Primero, las bendiciones.

Al dar la orden, los oficiales y los sirvientes con librea roja sacaron unas ristras de petardos y las encendieron. Explotaron con unos estallidos ensordecedores y, a través del humo, unos papelititos rojos flotaron sobre la plaza como si fueran flores de membrillo en primavera.

—¡Coge uno, hermana! ¡Coge uno para mí! —gritó Bao, y enseguida comencé, como todos los demás, a intentar atrapar uno. Pero no tuve que forcejear con nadie, ya que había de sobra.

Al final, logré hacerme con dos, cada uno con un proverbio resplandeciente de cuatro caracteres escrito con tinta. Le di los dos papelitos a Bao, que rompió a reír como el niño pequeño que era y a dar saltitos. Se los guardó en el bolsillo y me rodeó con los brazos para estrecharme.

—¿Qué crees que son? —me preguntó, con los ojos tan brillantes a causa de la emoción que no pude evitar sonreírle.

—No lo sé. Tendremos que descubrirlo cuando lleguemos a casa, ¿no crees?

Mi hermano parecía a punto de explotar debido a la impaciencia.

—Podemos preguntar por aquí. Habrá alguien en Guishan que sepa leer. No quiero tener que esperar...

—Ahora, la petición —anunció el príncipe Isan, que provocó que la multitud volviera a guardar silencio—. Como muchos sabéis, mi padre ha cambiado hace poco de sucesor designado. El heredero de la Casa Azalea ha dejado de ser mi hermano mayor, Maro, y ha pasado a ser mi segundo hermano, Terren. Como parte de sus nuevas obligaciones, el príncipe Terren ha comenzado a buscar concubinas. Todas las candidatas interesadas, con edades comprendidas entre los quince y los diecinueve años, deberán acudir a esta plaza para su evaluación dentro de una semana, a mediodía.

Ese anuncio provocó que la multitud estallase en un griterío, incluso más que con las bendiciones.

Todos aquí habían oído hablar de Isan y su sello Guo, pero no había ni un alma en Tensha que no temiera al príncipe Terren y a su sello Dao. Su afinidad por las espadas lo había convertido en el hombre más poderoso de la nación. Era aterrador, despiadado y cruel, y quien heredaría el trono tras la muerte de su padre.

Nadie tenía claro por qué el emperador enfermo había nombrado heredero a su segundo hijo de una forma tan repentina,

pero sin duda no podía ser por el carácter de Terren. Había oído decir que el príncipe hizo que azotaran a un sirviente simplemente por haberle derramado el té. Había oído decir que ordenó sacrificar a un perro solo porque este le había ladrado al pasar por delante de él, que le había cortado la lengua a una doncella porque olvidó dirigirse a él con el título apropiado.

Había oído que había matado a su propia madre.

Pero, al ver a esa multitud, resultó evidente que nadie más estaba pensando en esas habladurías. O, si lo hacían, les daba igual. Lo único que habían sacado de ese discurso era que existía una oportunidad.

—¿Hermana? —Bao me tiró del brazo.

Me aterrorizaba admitir que yo también veía esa oportunidad. Pasé la mano, despistada, por el cabello de mi hermano mientras observaba cómo se marchaba el desfile. Me aterraba no estar pensando en la crueldad del príncipe Terren, en los azotes, los perros sacrificados y las lenguas cortadas.

Estaba pensando en tener la barriga llena, en pasar las noches en una cama blanda y en hermanas pequeñas a las que no tendría que enterrar.

Estaba pensando en que Ma dejara de tener las mejillas hundidas y en solucionar el dolor de Ba. Con los obsequios que recibiría como concubina predilecta, podríamos comprar lo que quisiéramos, hasta ciruelas pasas en otra fecha que no fuera Año Nuevo.

—Quiero irme a casa —insistió Bao. Volvió a darme un tirón—. Quiero probar las bendiciones. ¿Por favor? ¿Por favor? ¿Por favor?

En ese momento pensaba en mi hermano yendo a la escuela. En que estudiara y aprendiera a leer. Pensaba en Bao dejando atrás la vida de la aldea y el hambre y convirtiéndose en lo que deseara.

Cerré la mano alrededor de la de mi hermanito y, por un instante, me permití imaginar un futuro tan dulce como el jugo del melocotón que aún saboreaba en la lengua.